

cándose los pocos cabellos que habian quedado sobre su frente:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! no me lo quites ahora, porque ¿qué va á ser de mí?

Rafaelita cayó sin fuerzas sobre su cama, y el ciego ébrio de dolor, se arrodilló junto á la jóven contemplando su dulce y apacible agonía.....

.....

XII.

AL cabo de un momento se enderezó Rafaelita, tomó entre las suyas, frias y transparentes ya como el alabastro, las manos de Manuel; y como en los dias mas felices de su vida, clavó en el ciego sus dos ojos grandes y expresivos, animados en aquel momento con ese brillo que precede á la muerte.

Manuel sintió entónces que un rayo de luz bajaba hasta el fondo de su corazon, llevando la dicha y el bienestar á todo su cuerpo. Durante algunos minutos pareció aspirar aquella claridad benéfica, que era para su corazon lo que es el rocío para la naturaleza, despues de un día ardiente y abrasador. Luego, cuando su cuerpo quedó saturado, por decirlo así, su alma se ensanchó, y brotando á su turno luz, la comunicó á Rafaelita, que la recibió, cambiando la suya, hasta que aquella doble irradiacion se convirtió en una llama que reunió á las dos almas.

¿No es así como se comunican los afectos entre dos corazones, hasta que en ambos reina ese amoroso acuerdo que los identifica absolutamente? Y si es cierto, como lo es, que los sentimientos puros y afectivos tienen algo de

etéreo, de luminoso, de celeste, ¿no creáis que haya mucha verdad en esa teoría de los cuerpos radiantes, apoyada en ideas y observaciones de los apóstoles, de los doctores de la Iglesia, de los sabios y artistas de todas clases?

Manuel se elevó de esta manera desde el abismo de sus faltas, hasta Rafaelita, cuya alma, emblema del perdón, derramó sobre la del ciego sus rayos fecundos como una bendición.

Realizábase así la misteriosa y santa misión de la mujer sobre la tierra.

Reinaba un profundo silencio: el ciego y la joven no se hablaban; ¿pero qué necesidad tenían de comunicarse sensaciones que juntos experimentaban; fenómenos que se verifican el uno por el otro; si ambos leían en el alma del otro como en la suya propia; si aquel acto era una verdadera comunión.....?

El ciego permanecía de rodillas, porque así era cómo, en su concepto, debía recibir la absolución de todos sus errores.

Rafaelita, sin fuerzas, estaba recostada sobre su hombro, y en aquella postura parecía derramar su alma sobre la del ciego.....

¡Qué sublimes, qué solemnes, qué misteriosos eran aquellos momentos.... !

Verificábase acá en el mundo ese misterio que solo se realiza en el cielo ante la presencia del Señor. ¿No permite así Dios de tiempo en tiempo alguna revelación de su incalculable grandeza, con el objeto de reanimar el valor de los hombres de poca fé.....?

El alma de Rafaelita, rayo de amor, se reunía con el alma de Manuel, rayo de inteligencia; y completada de esta manera la *unidad*, se sentía atraída hácia el centro de donde partió.

¿Manuel iba por momentos perdiéndose entre las inmensidades del misticismo; esa vorágine cuya cima es Dios! su alma se ensanchaba como ninguna alma se ha ensanchado acá abajo en esta atmósfera del mundo; y su inteligencia, fecundada por el amor, sobrepasaba los límites del espacio y del tiempo.....

Rafaelita se extinguía como el lucero de la mañana, cuando va acercándose el día.

Manuel la contemplaba arrobado, como á una visión que va á desvanecerse. El ciego sabía que el hombre, hecho de polvo, se convierte en polvo; pero al sentir junto á sí á la joven, no podía ménos de decirse que la mujer no muere, sino que se transforma.

Si hay resurrección de la carne, reunidas las almas hermanas, ¿no será en el cuerpo de la mujer donde vayan á habitar, como en el vaso mas puro y mas bello, el único digno de contener esencia tan preciosa?..... ¿No será la mujer *cuya carne á su espíritu léjos de ser entónces rebelde, sería en lo de adelante pura y espiritual*, * la criatura privilegiada en el cielo, como lo ha sido acá en la tierra? Acaso su amor, sus sacrificios, su abnegación, ¿no la harán digna de tamaño premio?.....!

* San Agustín.—Meditaciones, cap. XXVI.

—Manuel, dijo al fin Rafaelita con una voz melodiosa como era la suya, en los momentos solemnes; Dios, para purificarte aun mas, no permite que mueras conmigo, como era mi mas dulce esperanza.

Vas á quedar solo en el mundo; pero yo iré á pedirle al Señor que te dé fuerzas para esperar. No vaciles, hermano mio: un deseo constante es una promesa del porvenir.

Dios nos separa momentáneamente; ¿pero qué es el tiempo, al lado de la eternidad?.....

Levanta la vista al cielo y no la apartes de allí, que aquel es el puerto de la vida.

El ciego se apoderó de las manos de Rafaelita, y besándolas, murmuraba:

—¡Sí! ¡sí! Hermana de los ángeles del cielo, criatura de quien la tierra no ha sido digna, ve á rogarle al Señor por mí, que mucho lo he menester.....

Ve, yo esperaré la hora de la felicidad; porque ¿qué es el tiempo y la distancia cuando brilla en nuestro cielo la estrella de la esperanza?.....

Ve á reunirte con nuestro hermano Lorenzo, esa parte de nuestras almas, y juntos entonad ante el Señor el coro al himno de mi anhelo.....

¿Habeis visto alguna vez cómo se marchita una flor, cómo plega sus alas una mariposa, cómo muere una mujer.....?

El Señor volvió sus ojos á aquellas criaturas, y Rafaelita

cerró los ojos para el mundo. ¡Cuán dulce y apacible es el tránsito de los que mueren en el Señor!.....

Hay en la vida de todos los hombres, aun los mas frios, una hora de dolor supremo, un instante en que todas las fibras de su corazon estallan, lanzando una vibracion elocuente, sentida.....

Manuel cayó de rodillas ante el cadáver, y abriendo los brazos, gritó con profunda conviccion, con esperanza infinita:

—Yo te veré mujer, ángel en el cielo: y allá, tú, hermana para mí mas amada que la luz, Lorenzo, pedazo de mi corazon, y yo, no formaremos mas que una sola alma, reflejo de la alta Trinidad, amor supremo que es el centro, el Autor, el fin de todas las cosas.....

El músico permaneció en estática oracion junto al cadáver, y no se levantó sino hasta que vino á sorprenderle la luz del dia.

Entonces sintió tal consuelo en su corazon, tal fuerza en su voluntad, que su alma aspiró sin obstáculo hácia el cielo.

El ciego depositó un beso sobre la frente alabastrina del cadáver, y enderezándose prorumpió en este grito:

—A vivir por tí, para tí y contigo.

En efecto, ¿no debia sentirse consolado en su soledad, fuerte en su debilidad si las almas de Rafaelita y de Lorenzo habian venido á completar la suya, como permite Dios que suceda entre los que mucho se aman, para que desde entonces no piensen mas que en Él, Luz indeficiente de donde parten todos los rayos, y adonde todos convergen despues que han concluido su revolucion mundanal?.....

¡Manuel experimentaba tal bienestar, que no pudo menos de recordar los días de sus errores, y confesar que por grande, por excitante y rico que fuese el placer de los sentidos y la carne, jamás podía ser completo, ni exento de turbación, como ese goce tranquilo que inunda el alma cuando por su pureza ó arrepentimiento se hace digna del cielo.....!

«¡Oh! ¡qué abundancia de delicias secretas habéis reservado, Señor, para los que os aman.» *

¿Quién podrá negar que el hombre ha sido creado para el cielo, y que el amor le ha sido dado como una luz que lo guía, como una fuerza que lo atraiga? ¿Quién no siente que cada vez que el hombre se aparta de su destino y su carrera de progreso ascensional, inmediatamente cae en el trastorno, el dolor, el tedio, consecuencias del extravío...?

¡Oh! el Señor es muy bondadoso, pues que así ha sembrado nuestro camino de precipicios que nos adviertan la desarmonía.....!

¡Bendito sea el Eterno, fuente de todo amor, origen de toda vida, centro de todo lo creado.....!

El ciego siguió, tranquilo y grave, hacia su última morada, el cadáver de Rafaelita. Cuando todos los que lo acompañaban se retiraron; cuando el ruido de los pasos se perdió á lo léjos, tomó un ramo de flores; lo deshojó sobre la tierra recién removida, y se arrodilló á orar.

Después se levantó y empezó para él la vida nueva!

Mayo de 1862.

* Psalm. XXX, v. 20.

EXPIACION.